

Emma Dench, *Empire and Political Cultures in the Roman World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018, 207 pp. [ISBN: 978-0-521-00901-0].

Este volumen, ligero y a la vez de denso contenido, escrito por la catedrática de Historia Antigua y Clásicas de la universidad de Harvard Emma Dench, trata de procesos de larga duración y nos interpela sobre fronteras permeables, fenómenos de aculturación, calendarios que cambian y se adaptan; pero también alude a la violencia y la muerte como forma de encuadre social, y al poder económico. En definitiva, nos habla de ese proceso tan complejo y poliédrico denominado “romanización” o, si queremos tomar prestada la expresión del británico Greg Woolf, uno de los investigadores más citados en esta monografía, de eso que los especialistas hemos llegado a denominar casi por consenso y utilidad: “cómo convertirse o llegar a ser romanos”, más o menos el objetivo de “becoming Roman”, expresión del citado Woolf que se repite por doquier en este libro trufado de ideas interesantes.

La monografía de Dench evalúa casi un siglo de investigación sobre el tema y nos muestra cómo la noción de Imperio vino a transformar los estudios sobre la historia antigua de Roma ya desde finales del siglo diecinueve, cómo funcionaba este imperio y, especialmente, cómo era percibido este enorme constructo político por los individuos que lo habitaban. El volumen examina una gran variedad de evidencias de tipo material, literario y documental, que iluminan las múltiples perspectivas del fenómeno de la romanización, y hace hincapié en la larga historia de dominio por parte de Roma de los pueblos limítrofes, relato que se encuentra precisamente en el meollo de la formación de lo que posteriormente se vino a denominar Imperio Romano.

Dench sigue sabiamente un camino intermedio entre el excesivo énfasis puesto en la resistencia a la romanización adoptada por algunos investigadores y su polo opuesto, o sea, el hincapié en el consenso y en la fácil adaptación de los pueblos latinos y conquistados al poder de Roma. La autora escribe sobre las consecuencias principales de carácter político, social, religioso y cultural de un sistema imperial en el que las funciones típicas del Estado centralizado se fueron delegando de forma sustancial y progresiva en los diversos agentes e instituciones locales, o simplemente, fueron asumidas por éstos de forma natural con el paso del tiempo.

Todo ello en un libro de doscientas páginas con cinco capítulos, un epílogo convenientemente titulado: “Becoming Roman?” y un ensayo bibliográfico final. El primero de los capítulos: “Toward a Roman Dialect of Empire” se preocupa de poner en su justo contexto los distintos modos de poder y de soberanía asociados al Estado romano, desde la época de la plena República hasta lo que tradicionalmente hemos venido a denominar Alto Imperio, esto es, el primer siglo y medio o dos siglos de la experiencia monárquica que tuvo Roma con un *princeps* al frente – por cierto, para una visión radicalmente diferente y muy reciente sobre la palabra *princeps* y su contenido institucional, conviene leer el trabajo de Alison Cooley,

“From the Augustan Principate to the Invention of the Age of Augustus”, *Journal of Roman Studies* 109, 2019, 1-17 (publicado en internet por Cambridge U.P. el 4 de Julio de 2019)–. El capítulo dialoga también sobre el proceso permanente que el Estado romano mantuvo para interactuar con otros sistemas de gobierno preexistentes en su mismo ámbito de actuación y cuáles fueron sus verdaderas expectativas de triunfo o, dicho en román paladino, por qué la República romana descrita por Polibio triunfó donde no lo hicieron los Estados helenísticos que le hacían frente y que perseguían un objetivo de carácter expansionista semejante. Considera, además, la creciente importancia de los distintos “modos de poder y soberanía” del Estado romano y las diversas formas que le permitieron alcanzar el cumplimiento de sus fines. Cada uno de los cuatro capítulos que siguen: “Territory”, “Wealth and Society”, “Force and Violence” y “Time”, explora los temas mencionados desde la perspectiva de la teoría política, diseccionando en cada caso cómo la articulación de los respectivos conceptos de soberanía –con sus derivados de “soberano” y “monarca” inclusive–: esto es, las constituciones o las diferentes teorías de gobierno y la práctica del mismo mediante la recaudación de impuestos, la acuñación de moneda, la articulación de las fronteras físicas en el territorio –haciendo también una mención a las fronteras mentales (p. 51 y ss.)–, el mantenimiento de un ejército cada vez más permanente y profesionalizado o la existencia de un calendario común para toda la estructura imperial; cómo la articulación simultánea de todos estos conceptos, repito, hicieron posible el proceso de romanización y la consolidación estatal romana.

En la monografía se discuten diversos trabajos anteriores que, a juicio de la autora, han tenido en el momento de su publicación una gran influencia sobre este tema. Tomemos el ejemplo de dos de ellos: el primero, el libro de Francis Haverfield, *The Romanization of Roman Britain*, London, 1905, –con sucesivas reediciones– (p. 2 y ss.), que Dench considera un trabajo pionero desde todos los puntos de vista con su enfoque proveniente de los entonces novedosos campos de la arqueología y, sobre todo, la antropología; su enfoque comparativo y su insistencia en la cultura material y no textual: arte, cerámica, planificación de las casas y de las ciudades y representaciones de los dioses en las distintas formas artísticas. Haverfield pone sobre todo el acento en el proceso de romanización o, citando a la propia Dench: “Pride of place among Roman achievements is the process that Haverfield calls ‘Romanization’” (p. 3). En palabras de la autora, y como conclusión a su análisis del libro, *The Romanization of Roman Britain* es un estudio un tanto *sui generis* del Imperio por medio de un análisis comparativo en el que intercala nociones contemporáneas sobre nacionalismo, colonialismo y estudio de las religiones y que se encuentra en el origen de muchas de las ideas sobre “cambio” y “romanización” para el Imperio Romano durante gran parte del pasado siglo veinte.

El siguiente ejemplo en forma de libro proporcionado por Dench es más reciente, puesto que data de 1998. Se trata del libro de Greg Woolf, *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul*, Cambridge. El estudio de Woolf, director de la Escuela de Estudios Avanzados de la Universidad de Londres, se centra en el análisis y descripción del código de valores romanos y civilizadores que se encapsulan en el término *humanitas* –que Woolf traduce como “civilización”–, a la vez que se plantea desentrañar el proceso de lo que él considera que es “convertirse en romano”, o sea, qué significaba para un habitante de la plena República o el Imperio, cuyo bisabuelo o abuelo sólo hablaba el osco, el etrusco

o el celta, ser un buen romano, un romano auténtico, el llegar a sentirse realmente romano: “becoming Roman”, en definitiva. La identificación y el desarrollo de este sistema de valores, de estos precisos componentes de civilización en toda la zona de la Galia, constituyen la base de esta importante monografía. El sistema de termas y baños, junto con las ritualizadas costumbres romanas a la hora de sentarse a la mesa para la cena y la escritura de obras de carácter memorialístico o de diarios en primera persona son, según Woolf, elementos de carácter y raigambre genuinamente romanos de aquel sistema de valores y constituyen para el autor elementos definitorios y contribuciones únicas al proceso de romanización. Por el contrario, Clifford Ando en su libro del año 2000, *Imperial Ideology and Provincial Loyalty in the Roman Empire*, Berkeley, pone el ojo no tanto en los valores o elementos materiales de civilización, sino en la enorme importancia del “consenso” como elemento homogeneizador, como elemento también de poder y eficacia del sistema imperial romano. El autor de esta reseña comparte con Ando la creencia en la importancia de este concepto en particular. Y la noción de que ese consenso se logra en el sistema conectando e imbricando al individuo y al Estado mediante la participación del primero en rituales de todo tipo, sobre todo en los de índole política y religiosa: los comicios, los sacrificios, el censo a lo largo de sus distintas etapas como manifestación del poder de Roma (cf. Lucas 2,1; y el tratamiento ofrecido en nuestro libro: p. 85), o los mismos espectáculos gladiatorios, e incluso ceremonias de carácter religioso-militar como el propio triunfo.

Dentro del capítulo dedicado al análisis de las fronteras, la autora realiza una interesante digresión sobre el Muro de Adriano (pp. 58 y 61). En él se alinea a favor de la posición mayoritaria en los últimos años sobre el propósito y la construcción de tan impactante obra de arquitectura por parte del ejército imperial. El Muro se habría construido no tanto para mantener a los posibles invasores y pueblos nómadas del Imperio fuera del territorio de Roma como para vigilar y monitorizar las principales rutas de acceso a los recursos hidráulicos y de todo tipo por parte del ejército romano. En este sentido, las tablillas encontradas en Vindolanda nos ofrecen un vívido retrato del transporte de personas, mercancías y materias primas a través de ese *vallum*, actividad cuya supervisión debió constituir el cometido principal de las tropas estacionadas en las distintas puertas, torres y fuertes de vigilancia que serpenteaban a lo largo y ancho del Muro en la parte septentrional de la actual Gran Bretaña. Una actividad de vigilancia que, por parte del ejército romano, no sólo iba dirigida contra los que provenían de fuera del territorio, sino sobre los que vivían en los límites internos del territorio puesto que, si había un asunto que obsesionara a las legiones y a los comandantes romanos (especialmente si eran destinados a “zonas calientes” del Imperio como podían ser Judea o la propia Britania), era la paz interna del Imperio y la eliminación de raíz de cualquier intento de desestabilización proveniente del interior, por pequeño que éste fuera.

En conclusión, el proceso de romanización tal y como lo percibe Emma Dench, no fue ni mucho menos un proceso totalizador, dictado de arriba abajo por parte de una élite gobernante y con un amplio componente de “alta cultura” cuidadosa y sistemáticamente impuesto desde la cúpula por parte del Estado. Vamos a acompañarla en la parte final de su erudita e interesante monografía para que ella misma nos explique cómo percibe ese proceso: “[un proceso en el que las] functions of state were delegated to, or more often simply assumed by, local agencies and institutions within the Roman empire. This is to imagine an altogether edgier

and potentially more precarious empire than that of many late-twentieth century accounts, but, I would argue, a significantly more flexible, resilient, and dynamic one” (p. 159).

Gustavo A. Vivas García  
Universidad de La Laguna  
gusgarvi@gmail.com